

¿Y la antigua Birmania?

Otro año más, Myanmar, antigua Birmania, no apareció en los resúmenes de noticias más relevantes del año a finales del 2006 ni a principios del 2007. De hecho, Myanmar no aparece siquiera en las listas de los conflictos olvidados, es decir, aquellos que no acontecen en Iraq, Palestina, Afganistán, Irán, Líbano, Corea del Norte y tal vez Sri Lanka, Chechenia y Darfur. Varias décadas de ostracismo político y mediático han convertido a Myanmar, que en su día fue uno de los países más prósperos del Sudeste Asiático, en uno de los llamados estados paria del sistema internacional.

Hace 45 años hubo un golpe de Estado que instauró una junta militar que ha tiranizado al país ininterrumpidamente hasta nuestros

J. URGELL GARCÍA, *investigador de la Escuela de Cultura de Paz de la UAB*

días. Ello probablemente convierte a Myanmar en la dictadura militar más longeva del planeta. Con el fracaso estrepitoso del *camino birmano al socialismo*, tras un cuarto de siglo de aislacionismo absoluto, la junta militar convocó para 1990 unas elecciones en las que la oposición obtuvo más del 80% de los escaños. Desde entonces, la dictadura no sólo no ha transferido el poder, sino que ha mantenido bajo arresto domiciliario a la líder opositora Aung San Suu Kyi, que en 1991 recibió el Nobel de la Paz por su resistencia no violenta ante el régimen de Rangún.

Además, Myanmar también alberga las insurgencias armadas más antiguas del mundo. Desde los años cuarenta, varios grupos armados de matriz étnica luchan en pro de la autodeterminación en un país muy fragmentado étnicamente pero dominado políticamente por la mayoría birmana. Durante las últimas

seis décadas, sucesivos gobiernos han impulsado la *birmanización* y centralización del Estado, así como el expolio económico y la represión militar en las áreas periféricas en las que residen numerosos grupos étnicos no birmanos.

El pasado año, el Nobel de la Paz Desmond Tutu y el ex presidente checo Václav Havel encabezaron un informe donde denunciaban que Myanmar se ha convertido en una amenaza a la paz y estabilidad regional e internacional, por lo que demandan al Consejo de Seguridad que intervenga urgentemente aprobando una resolución bajo el capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas. Este informe señala que Myanmar es el único país que cumple todos los criterios que normalmente ha utilizado la ONU para aprobar resoluciones en conflictos armados internos (Sierra Leona, Afganistán, Haití, Ruanda, Liberia o Camboya) y se hace eco de las vio-

SABIÉNDOSE

aliada de China, incluso intensifica

la encarcelación de opositores

laciones sistemáticas de derechos humanos (utilización de menores soldado), desplazamiento masivo de población a causa de la violencia (destrucción de más de 2.700 comunidades desde 1996) o el hecho de que Myanmar sea uno de los mayores productores mundiales de droga.

El mencionado informe parece haber surtido cierto efecto por cuanto el Consejo de Seguridad ha incluido a Myanmar en su agenda por vez primera, mientras que EE.UU. ha presentado una propuesta de resolu-

ción que insta, entre otras cuestiones, a la liberación de presos políticos y al fin de la represión contra las minorías étnicas. Como reza el chiste, ello puede considerarse una buena y una mala noticia a la vez. Buena porque refleja la determinación aparente de la comunidad internacional de abordar la cuestión. Mala porque, de nuevo, la junta militar no ha mostrado síntomas de sentirse inquieta. De hecho, sabiéndose aliada de China, incluso ha intensificado la encarcelación de opositores, así como las campañas de contrain-surgencia.

La cerrazón informativa impuesta por el régimen de Myanmar, así como su inmunidad a las presiones internacionales, sin duda dificulta el papel de los medios de comunicación y la comunidad internacional, pero probablemente no es una justificación suficiente para que Myanmar siga ignorada política y mediáticamente in aeternum.●